

Ana Tovar

MISA DE DOCE

Carmelo se ha levantado temprano, como de costumbre, para dejar todo arreglado antes de salir. Hace tiempo que no duerme de un tirón como antes, pero si no cambiara de postura a su madre, al menos un par de veces durante la noche, se le ulceraría la piel y no quiere ni pensarlo. Ha puesto una cazuela al fuego y cuando el agua comienza a hervir, la llena casi hasta arriba de berza, patatas y dos dientes de ajo. En el tiempo que le lleva el aseo de su madre, el puchero está listo. Apaga el fuego y añade una pizca de sal. Ahora le toca a él. Ya tiene la habitación ventilada y la cama hecha. Se asea en el lavabo y se viste para salir.

—Me voy a la iglesia, madre, no se preocupe que en cuanto acabe la misa vuelvo. ¿Quiere que la incorpore un poco?

La anciana, desde la cama, le contesta con ligeros movimientos de cabeza. Que sí, que se queda tranquila. Que no, que así está bien. Y que se vaya a la iglesia, que bien le vendrá reconfortar el espíritu.

Para llegar a la catedral tiene un paseo de casi veinte minutos, pero vale la pena. La misa de doce atrae a muchos feligreses y desde su sitio, Carmelo los observa. Hay de todo: gente humilde como él, estirados que miran por encima del hombro, jubilados y turistas. Se compara y no puede evitar el recuento, una y otra vez, de su triste situación.

Con cincuenta y tres años, lleva siete cuidando de su madre inválida y los tres últimos, sin ganar un euro. Ya se han acabado las prestaciones, las ayudas y hasta las filas del paro. ¿Para qué? Sin

formación, sin disponibilidad y con edad, eso sí. De más. Y los dos viviendo con la pensión de la madre, seiscientos dieciocho euros con noventa céntimos, y de ahí quita el alquiler. Es de renta antigua, pero ya le ha dicho el casero que a finales de año hay que actualizar, que lo dice la ley. Y Carmelo no dice nada, pero se pregunta si su madre vivirá tanto. Y si se muere, ¿de qué va a vivir él?

Acabada la misa aún se queda un rato más y, cuando escucha que la campana grande da la una, se levanta y emprende el regreso a la tristeza doméstica. Sube los tres pisos con desgana y frente a la única puerta de su rellano, toma aire, relaja los hombros y se dispone a fingir una paz espiritual que está muy lejos de sentir.

—¡Ya estoy de vuelta, madre!

Se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero, detrás de la puerta. Encima del abrigo cuelga la bolsa de tela con el cojín, el trozo de cartón y la caja de lata, para la misa de mañana.